

La convivencia de culturas en la Península Ibérica (IV). Euzkadi, en torno al problema vasco: Julio Caro Baroja

Deia, 1978-04-09.

Los vascos tuvimos la oportunidad de presentar esta ponencia escrita que trato de resumir aquí, y la improvisada que hizo don Carlos Santamaría, consejero de Educación del Consejo General Vasco en ausencia de don Julio, quien no pudo asistir.

El pensamiento de Caro Baroja tiene el interés de criterio abierto y desmitificador que lo caracteriza.

Don Julio Caro Baroja agarra el tema por donde es, su planteamiento político, y en "una coyuntura" que considera "mucho más grave de lo que pueda creer el más pesimista de los políticos". Primer hecho: la guerra de 1936, con la que se quisieron solucionar "para siempre" los problemas "fundamentales" que se plantean en "la vida del Estado español". Usaron de esta medicina de cortar *el mal de raíz*, especialmente en "los vascos, nacionalistas o no", y sobre todo se hicieron sentir sus efectos más fieros "en Guipúzcoa y Vizcaya" mediante una represión sangrienta, de primera hora y primer furor, que ha quedado expresada o simbolizada en el nombre de Guernica".

"Ya pueden imaginarse –dice– los efectos de 'unidad' semejante".

Ahora bien, "de 1936 a 1978 han pasado más de cuarenta años en que se han podido incubar toda clase de pasiones, de resentimientos justificados, de desesperanza. Cuando ahora hay gentes que se admiran y asustan por hechos tales como el funcionamiento de ETA, es que olvidan una parte esencial de la historia de España".

Y dice tajantemente que "nadie que haya aplaudido las medidas tomadas de 1936 a 1939 tiene derecho a hablar de su amor a España, ni a condenar el terror".

Como se ve, don Julio no se anda por las ramas.

Todo esto viene de atrás: Las guerras carlistas, la de 1839 y la de 1876, en la que "los carlistas tenían un programa compuesto de teocracia (Dios), monarquía (Rey) y patria, pero con un sentido de respeto a los países forales": con la derrota y la desintegración de fuerzas vascas "aparecen los primeros brotes de autonomismo en sentido moderno, que expresan, primero, algunos escritores navarros y luego Arana Goiri en Bilbao".

Este sentimiento nacionalista va adquiriendo una "pujanza progresiva en el siglo XX y en un marco algo distinto de aquél en que se dio el carlismo".

"Su creador comienza por crear una ortografía vasca nueva, acuña nombres nuevos (*Euzkadi*) y símbolos nuevos (*ikurriña*) y programas nuevos", portadores de una "idea-fuerza"; los "principios de la Paz de Versalles dieron pie al de 'nación' o de 'Estado independiente", que aprovecharon los "modernos teóricos del nacionalismo". Ocurre aquí que en Alava y en Navarra el ritmo de esta concienciación es distinta que en Guipúzcoa y Vizcaya, y el carlismo "siguió pujante en vastas zonas desvasconizadas, y pujante hasta 1936". Y "resultó así que los vencidos a la par como carlistas en 1839 y 1876, vascongados y navarros, aparecen en 1936 en bando opuesto".

Y se produjo la contradicción: "Fueros para nosotros como *buenos*", y supresión para otros, "como *malos*".

Las consecuencias han sido y serán graves.

Por otro lado, "no hay que olvidar que la imagen que dio Navarra en 1936 la dio a expensas de una feroz represión interna, en la que a los pocos días de producirse el llamado "Movimiento Nacional" habían muerto miles de personas.

"Los castigados en 1936 no fueron los mismos que en 1876. Pero los de 1876, éstos sí fueron los que quedaron incluidos en un mismo grupo en 1839: navarros y vascongados, a los que se les mutilaron los fueros de modo sensible. El efecto de esta mutilación fue tan grande desde el punto de vista teórico como del práctico y puede afirmarse que en ella está la causa mayor de todas las desavenencias y conflictos posteriores". Después se pusieron a funcionar los "ismos", se sembraron algunos "dogmas", desde "las escuelas de primera enseñanza, los cuarteles y los periódicos", persiguiendo al euskera, "dando 'modelos' de patriotismo ajustados a una historia unitaria que empezaba en Numancia, Sagunto, pasaba por Trajano, los reyes godos, los Reyes Católicos y Colón, llegando a Agustina de Aragón y el 2 de mayo. Los periodistas y oradores políticos manejaron estos clisés, a la vez que se cantaban los loores de la lengua castellana (española al fin), frente a otras de las que se hablaba con ironía".

"Esta serie de tópicos se halla enraizada hoy en la conciencia de mucha gente, de tal suerte que es fácil encontrar personas que se soliviantan al oír hablar vasco o al contemplar ciertas costumbres: no otras. En suma, la guerra de los siete años (1832-1839), que terminó con el Convenio de Vergara, fue de grandes consecuencias para entender lo que ha pasado en las dos grandes crisis de 1876 y 1936. Es el tercer telón de la decoración".

"Hay otros más al fondo".

Los de más atrás: Godoy y sus encargos al canónigo Llorente y a Tomás González, con la intención de demostrar que "los vascos no han tenido libertades propias nunca". Esto enconó las cosas mucho. Después, han seguido otros.

Hasta hoy.

"Todo esto, si algo prueba, es que hay un problema histórico-cultural y político planteado en el siglo XVI, agravado a comienzos del XIX, crítico en 1839, en 1876, en 1936, y hoy".

"Cuanto más nos acercamos a nuestro tiempo, se plantea, en términos más graves, desde el punto de vista de la política en general, y dejando asuntos vetustos a un lado, hoy tenemos que aceptar que un neologismo como 'Euzkadi' tiene una fuerza extraordinaria; que una bandera, la 'ikurriña', más o menos creada hace poco, tiene otra fuerza de arrastre enorme; que la ortografía vasca moderna se ha impuesto; que hay una magistratura, las del 'lendakari', con una autoridad evidente; que la conciencia de 'pueblo' y de 'raza' está más fuerte que nunca. Todo esto, creo yo, que es más importante en sí que los argumentos del canónigo Llorente sirviendo a o los de Claudio Sánchez Albornoz hablando de várdulos, o los de don Salvador de Madariaga, defendiendo el 'galeón español' en un mar proceloso. Asunto grave, asunto gravísimo, complicado por la existencia de una organización con pretensiones extremas. ETA, una masa de proletarios de tendencia marxista y una derecha dispuesta a no dejar el menor reducto

en su lucha por la 'unidad' que unas veces se defendió, como en tiempos de Godoy, acusando a los vascos de revolucionarios al estilo francés, otras de beatos, monárquicos legitimistas y ultraconservadores, otras, en fin, de "rojo-separatistas".

"¿Qué hacer? A mi juicio –dice don Julio Caro Baroja– queda por hacer todo menos lo que se ha hecho".